

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

# Los chicos de la calle porque llegan a esa situación.

Rodolfo García Silva.

Cita:

Rodolfo García Silva (2011). *Los chicos de la calle porque llegan a esa situación*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/603>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

## **Los “chicos de la calle”, ¿por qué llegan a esa situación?**

Rodolfo García Silva

Sociólogo (UBA). Becario doctoral de CONICET. Estudiante de Maestría en Ciencias Sociales (IDES/UNGS), doctorando en Ciencias Sociales (UBA).

Email: rodolfogarciasilva@yahoo.com

Resumen: cuando se plantea la pregunta de por qué llegan los niños a la calle se reactivan las clásicas tensiones entre posiciones objetivistas y subjetivistas y se suscitan polémicas al interior de nuestro campo de estudio. No deja de suceder que allí donde unos ven la fuerza de las estructuras expulsando a los niños de sus hogares, otros ven la fuerza de la agencia de quienes deciden irse, donde unos denuncian las secuelas de las carencias y las necesidades, otros ensalzan las virtudes de la voluntad y la resistencia. Nuestra aspiración es comprender el problema desde una perspectiva integral, capaz de contemplar la incidencia de factores estructurales junto a la presencia de configuraciones relacionales específicas y la existencia de sentimientos, expectativas y propósitos individuales involucrados en el proceso. Para ello analizaremos las evidencias, obtenidas a través de un trabajo etnográfico, sobre las experiencias del tránsito a la calle de un grupo de niños de una ciudad del conurbano bonaerense.

Palabras Clave: Niños Calle Etnografía

### **LOS “CHICOS DE LA CALLE”, ¿POR QUÉ LLEGAN A ESA SITUACIÓN?**

Cuando se plantea la pregunta de por qué llegan los niños a la calle se reactivan las clásicas tensiones entre posiciones objetivistas y subjetivistas, suscitándose polémicas al interior de nuestro campo de estudio. No deja de suceder que allí donde unos ven la fuerza de las estructuras expulsando a los niños de sus hogares, otros ven la fuerza de la agencia de quienes deciden irse, donde unos denuncian las secuelas de las carencias y las necesidades, otros ensalzan las virtudes de la voluntad y la resistencia. Nuestra aspiración es comprender el problema desde una perspectiva integral, capaz de contemplar la incidencia de factores estructurales junto a la presencia de configuraciones relacionales específicas y la existencia de sentimientos, expectativas y propósitos individuales involucrados en el proceso. Para ello analizaremos las evidencias, obtenidas a través de un trabajo etnográfico, sobre las experiencias del tránsito a la calle de un grupo de niños de una ciudad del conurbano bonaerense a la que, por resguardar el anonimato de nuestros informantes, llamaremos La Cañada.<sup>1</sup>

El trabajo de campo se extendió entre marzo del 2008 y agosto de 2009 y la vía de acceso fue a través de un programa municipal (en adelante, el Programa) que asistía a los niños en situación de calle en La Cañada. Este era el punto de encuentro donde diariamente se reunían un grupo de operadores sociales con un

con un grupo de niños, adolescentes y jóvenes cuyas edades variaban entre los 11 y los 24 años, aunque se concentraban entre los 12 y los 18. Allí los niños y adolescentes recibían un desayuno, acompañamiento para resolver sus necesidades (ir al médico, buscar lugares alternativos a la calle donde habitar, salir de la comisaría, gestionar trámites, mediar en sus vínculos familiares e institucionales, etc.) y una variada oferta de actividades recreativas (juegos, talleres, deportes, paseos, etc.). Los trabajadores del Programa nos cedieron un espacio privilegiado y con amplios márgenes de libertad para realizar desde allí nuestras tareas de investigación.<sup>2</sup> En la etapa más intensa, acudíamos dos días a la semana, alrededor de 6 horas cada día, lo que nos permitió conocer profundamente las experiencias personales de los niños. Al final del trabajo campo contábamos con un registro de 80 jornadas compartidas con los niños, varias entrevistas en profundidad y documentos institucionales disponibles para el análisis.

### **¿Cómo y por qué los niños se alejan de sus hogares, llegan a las calles y permanecen en ellas?**

Algunas explicaciones se centran en los factores objetivos que determinan la salida de los niños a la calle. Explican el fenómeno a partir de las condiciones materiales y sociales que los expulsan de sus hogares: la desintegración social, el desempleo, la pobreza, la desestructuración familiar y la violencia, esta última como un efecto que se deriva de todo lo anterior (Grima y Le Fur, 1999; Pratessi, 1999). Tienen el mérito de identificar los elementos que inciden, condicionan o elevan las probabilidades de que los niños lleguen a las calles y de descubrir las regularidades que subyacen a sus intenciones individuales ejerciendo una influencia más allá de sus conciencias, pero nos confrontan al riesgo de olvidar que entre los fenómenos sociales no hay relaciones de causalidad mecánica. Una causa hace probable un efecto pero no lo determina (no todos los niños con hogares pobres, familias desestructuradas o violentas se van a la calle). Las “explicaciones objetivistas” nada nos dicen sobre el modo en que las estructuras objetivas se relacionan con la iniciativa de los niños de abandonar sus casas. Ellas desatienden la dimensión simbólica de estas experiencias y, así, tienden a desconocer que existe un fuerte componente intencional en el modo en que los niños comprenden y emprenden la salida de sus hogares.

Otras explicaciones reivindican los factores subjetivos que acompañan la salida de los niños de sus hogares. Sostienen que sólo es posible comprender el fenómeno atendiendo a los deseos y las intenciones que guían las decisiones de los niños (Shaw, 2002). Estos enfoques tienen la virtud de reponer su protagonismo y su capacidad de agencia, recuperando los sentidos que atribuyen a sus acciones, pero, al contrario de los anteriores, si son llevados al extremo, pueden hacernos perder de vista el peso de las circunstancias prevalecientes de las que son producto.<sup>3</sup>

También es posible identificar un conjunto de estudios cuantitativos que indagan en los motivos aducidos por los niños acerca del abandono de sus hogares cuyos

resultados abonan las explicaciones objetivistas, señalando como motivos principales las carencias económicas y la violencia familiar.<sup>4</sup> Estos estudios nos brindan una imagen general del problema y nos ilustran las respuestas construidas por los niños pero no contienen elaboraciones teóricas. Además, se enfrentan con la dificultad de que los niños en situación de calle -habitados a vivir en tensión con la moral dominante y a ser objeto de interpelaciones cotidianas- suelen ofrecerle a los desconocidos respuestas estereotipadas, simples, acordes a sus expectativas, para no verse comprometidos.<sup>5</sup>

La mayor parte de los niños que encontramos en las calles proceden de hogares pobres y numerosos que sufren fuertes niveles de inestabilidad, desprotección y situaciones de violencia, pero no menos cierto es que, en su mayoría, no se sienten simplemente víctimas de sus condiciones sino protagonistas de sus decisiones y distintos de aquellos que, en condiciones similares a las suyas (lo que, por lo general, incluye a sus conocidos del barrio y a sus propios hermanos) no las toman. Normalmente, para que un niño parta de su casa hacia la calle se conjugan un conjunto de factores materiales e ideales, objetivos y subjetivos, sociales e individuales. Unos y otros conforman una unidad y no términos antinómicos.

El desafío es comprender el modo en que se relacionan los factores estructurales que condicionan la salida de los niños de sus hogares con los factores subjetivos que las acompañan para lo cuál indagaremos en las experiencias de nuestros informantes. Nos detendremos primero en una caracterización general de sus hogares y familias de origen y luego en el modo en que los niños procesan sus experiencias personales de tránsito a la calle para arribar al fin a nuestras propias conclusiones.

## 1. Los hogares y familias de origen

Casi todos los niños que conocimos pasan día y noche en la calle pero tienen una familia y un hogar al cuál esporádicamente regresan, con mayor o menor frecuencia. ¿De qué tipos hogares proceden? Para poder comparar con otros estudios, tomamos prestada una tipología construida recientemente por Pojomovsky (2008) y organizamos la información provista por 30 niños, según los tipos propuestas por esta autora. El resultado que alcanzamos es que poco más de un tercio (36.6%) tienen un hogar de referencia en el que vive uno de sus progenitores con su pareja –generalmente, se trata de la madre y el padrastro-; poco más de un cuarto (26.6%), un hogar en el que viven su madre y su padre biológicos y un quinto (20%) un hogar monoparental en el que, en casi la totalidad de los casos observados, vive su madre. El resto (16.6%), un hogar en el que viven familiares no nucleares (tíos, abuelos, etc.). Aunque, evidentemente, no es posible generalizar a partir de estos datos vale la pena notar que no difieren demasiado de los relevados por Julieta Pojomovsky.

	<b>30 niños/as de la Cañada</b>	<b>1666 niño/as asistentes al Caina entre 1991 y 2003</b>
--	---------------------------------	---

<i>Familia conyugal</i>	83,3%	84,3%
<i>Familia conyugal completa</i>	63,3%	57,9%
<i>Familia conyugal completa sanguínea</i>	26,6%	29%
<i>Familia conyugal completa combinada</i>	36,6%	28,9%
<i>Familia conyugal monoparental</i>	20,0%	26,4%
<i>Hogar no conyugal</i>	16,6%	15,7%

Según pudimos comprobar la mayor parte de estos niños proviene de los barrios más pobres del oeste del conurbano bonaerense. Aunque es posible registrar situaciones excepcionales que en una mirada de conjunto suelen pasar inadvertidas, en la generalidad de los casos los niños proceden de localidades donde la organización institucional es deficitaria y las redes sociales se encuentran debilitadas. Sus familias, mayoritariamente, habitan en viviendas precarias, sin acceso a servicios básicos y en condiciones de hacinamiento. Sus padres enfrentan graves dificultades para acceder al empleo de manera que carecen de los recursos económicos y las protecciones sociales necesarias para organizar una vida familiar estable y proyectar un porvenir.<sup>6</sup> Pudimos recoger información sobre la ocupación de 16 padres o padrastros de los niños de La Cañada y de 10 madres. Aunque no son muchos casos, éstos brindan una imagen general sobre el problema. La mayoría de los padres o padrastros (12/16), realizan trabajos precarios; sólo tres tienen empleos estables, probablemente formales, y uno se dedica al delito. Una gran parte de las madres son amas de casa (4/10) y las que trabajan fuera del hogar lo hacen en ocupaciones marginales del sector informal (5/10). Una sola tiene un empleo formal de baja categoría en el municipio de La Cañada.

Un hecho digno de atención es que una notable proporción de los niños tienen muchos hermanos (sobre 35 casos de los que tenemos información, el 80% tiene 4 hermanos o más), situación que coloca a sus familias en circunstancias todavía más adversas, ya que con grandes restricciones y en condiciones de gran vulnerabilidad deben responder a las múltiples necesidades que demanda el sustento, el cuidado, la atención de muchos niños, lo que sobrecarga sus exigencias y eleva las dificultades para satisfacer las expectativas de sus miembros. La situación más comprometida, en este sentido, la sufren los hogares monoparentales (al menos el 20% de los hogares de los niños) que carecen de un soporte adulto adicional para cubrir las necesidades de la reproducción familiar.

Estas condiciones estructurales constituyen el trasfondo común de la gran mayoría de los niños que incorporan la calle a sus experiencias de vida, sin embargo dar cuenta de ellas no alcanza para comprender por qué se distancian de sus hogares quienes lo hacen.

Para comprender por qué se alejan de sus hogares los niños que se alejan, para considerar cómo los factores estructurales se entran con sus experiencias simbólicas y sus intenciones es preciso observar con mayor profundidad sus realidades personales, sus acciones, conversar con ellos.

## **2. Las experiencias personales del tránsito a la calle**

Salvo raras excepciones, no preguntamos a los niños de manera directa por los motivos o las razones por las que dejaron sus casas o permanecieron en la calle. Es un problema lo suficientemente complejo y delicado como para tratarlo de ese modo. Un problema complejo, entre otras razones, porque la mayor parte de los niños no deciden irse de una vez y para siempre. Los estudios (Lucchini, 1999; Pojomovsky, 2008) muestran que se trata de un proceso compuesto de idas y vueltas, de sucesivas alternancias entre la casa y la calle. La pregunta de por qué se fueron de sus casas sigue ligada a una noción de la partida como un acontecimiento puntual y, de algún modo, niega el proceso en que se inscribe. Aunque abandonen sus hogares y los vínculos familiares se distiendan por efecto de las distancias y las ausencias, éstos no dejan de tener centralidad en sus vidas ni de producir efectos.<sup>7</sup> Por el contrario, siguen ejerciendo fuertes influencias y constituyen referencias siempre presentes a las que los niños vuelven la mirada para reconocerse, para forjar su identidad y dar sentido a su vida y sus acciones. Una vez tuvimos con Fede, un adolescente de 16 años, una conversación curiosa: me dijo que le gustaría hacerse invisible para observar lo que en su ausencia pensaban y sentían por él. Le pregunté a dónde iría a observar y me respondió que pasaría unos 5 años en su casa (¿tal vez aquellos años que llevaba viviendo en la calle?) mirando cómo es todo cuando él no está.<sup>8</sup> Evidentemente, en relación a su familia se encontraban sus mayores interrogantes. Si exponerlos a la pregunta de por qué se fueron de sus casas es también un problema delicado es porque los pone de cara a experiencias dolorosas y traumáticas que los obligan a un espinoso trabajo reflexivo, cargado de sentidos ambiguos, en el que ponen en juego elementos muy significativos de sus historias e identidades familiares y personales.

Nuestra estrategia ha sido la de intentar captar, por vía de observaciones y entrevistas, todo lo que los niños pudieran referir acerca de los procesos de alternancia entre sus casas y la calle (y también todo lo que pudieran hacer en relación con ellos, dado que a la mayoría los vimos realizar estos recorridos en reiteradas oportunidades). Prestamos especial atención al modo en que reflexionaban sobre sus experiencias familiares y las ponían en relación con sus experiencias callejeras así como también a las razones que aducían para dar (y darse) cuenta de los motivos que los impulsaban a irse de sus casas o a no regresar a ellas.<sup>9</sup> Intentaremos ordenarlas a partir de las dimensiones principales que emergieron en el análisis del material.

### **2.1 Las condiciones socioeconómicas**

Fede tiene 12 hermanos y se refiere del siguiente modo a su infancia en uno de los barrios más pobres del partido de Merlo

...nos íbamos a dormir y por ahí ni una taza de mate cocido nos tomábamos. Nos acostábamos a dormir sin comer, nos levantábamos no desayunábamos, nada. No teníamos

nada, y después a medida de los años nosotros, bueno, empezamos a crecer más o menos, calculale que a los 6, 7 años y ya me empezaba a escapar de mi casa con mis hermanos. Empezábamos ahí, pedíamos en todos los locales del barrio, y al fin y al cabo después teníamos para comer a la tarde, a la noche, todo gracias a lo que pedíamos.

Le pregunté por su primer recuerdo y me respondió: “cuando apenas ponían el asfalto, no en la cuadra donde yo vivía, en la otra esquina. Para todos lados donde mires era todo calle de tierra.”<sup>10</sup> Las condiciones socioeconómicas constituyen una razón de peso para comprender la salida de los niños a la calle. Como dijimos, la pobreza, la dificultades que encuentran sus padres para acceder a trabajos protegidos, la precariedad de sus viviendas, la falta de acceso a servicios básicos, el hacinamiento, la deficitaria oferta de instituciones educativas, recreativas y de cuidado para la infancia en sus lugares de origen son las experiencias comunes de muchos de los niños que terminan por integrar la calle a su mundo de vida. Pero ¿por qué la calle? En muchos de sus hogares la calle no es una experiencia extraña. Sus casas, lejos de constituir esos espacios imaginados por los ideales burgueses -lugares de certidumbre y de reposo, de intimidad y de vida privada-, no gozan de las seguridades y comodidades que invitan al repliegue en su interior. Muchos son los niños que frecuentan la calle desde muy pequeños y buena parte del día lo pasan en ella; solos, con hermanos o amigos jugando, descubriendo los confines del barrio, haciendo líos, recorriendo a pie o en bicicleta las distancias que se abren entre sus casas y sus escuelas o lugares recreativos. Como demuestra el relato de Fede, muchos se familiarizan con ella por la necesidad de realizar actividades económicas para contribuir al sustento familiar. Salen a la calle a hacer mandados, si es necesario a pedir o a trabajar a edad temprana.<sup>11</sup> En tal sentido se ha señalado que los chicos no transitan de la casa a la calle sino más bien de la calle a la calle, de la calles de sus barrios a las calles de la gran ciudad (Shaw, 2002).<sup>12</sup> Este tipo de trayectorias, son comunes entre los chicos que conocimos. La familiaridad que tienen con la calle hace que muchos de ellos la avizoren como alternativa viable cuando la vida en sus casas no les resulta satisfactoria. Por último, no deberíamos subestimar el hecho de que muchos cuentan con la experiencia de otros, hermanos y amigos (según el estudio de Pojomovsky el 37% de los niños tienen algún hermano en situación de calle), que pudieron mostrarles el camino, animarlos a emprenderlo, servirles como guía u orientación a la vez que como recurso para el sostenimiento de su propia experiencia callejera.

Ahora bien, cuando conversan libremente sobre las razones por las que permanecen distanciados de sus hogares no suelen aludir a sus condiciones económicas. Si bien las asocian a su propia condición de vida (porque comparten con la mayoría de sus pares la experiencia de pobreza, porque no son ajenos al discurso dominante que la vincula a la condición de calle, porque reconocen haberse familiarizado con ella por la necesidad de desarrollar estrategias de supervivencia) no es común que reconozcan las relaciones o las mediaciones que existen entre estas condiciones y su propia decisión de irse de sus casas. En este sentido, es para ellos más evidente y significativa, la experiencia de sus conflictos familiares, entre ellos la violencia.

## 2.2 La violencia familiar

La violencia es un término polisémico que sólo puede definirse en relación al contexto cultural en el que adquiere su significado (Isla, 2007; Miguez, 2008). Si aquí la circunscribimos a uno de sus usos dominantes para referir al uso de la fuerza o a la amenaza de su uso produciendo un daño o una imposición sobre un tercero, podemos afirmar que es normal que en los hogares de los niños se experimenten situaciones de violencia. Cuando la violencia se emplaza en sus hogares, suele circular en diversas direcciones: entre los padres, entre padres e hijos, entre los hermanos. Muchos chicos de la Cañada nos informaron haber sido en forma variable víctimas, victimarios y/o testigos de situaciones violentas.

Fede me contó que deseaba crecer y tener autonomía para que su madre dejara de golpearlo:

Y yo veía, yo decía una cosa, por qué mierda no crecía rápido, yo ya quería crecer cosa de hacer lo mismo que mi hermano, que me dejen de pegar todo, porque yo era chiquito y ellos no cobraban, esa era la envidia que le teníamos a los más grandes que ellos no cobraban y nosotros sí. Bueno, y hoy día ya crecí y no se, ya es diferente, porque ya mi vieja no es lo mismo, ya no me pega más como antes, antes me agarraba y me rompía todos los huesos. Ella me dejó de pegar cuando yo caí en un Instituto y me las arreglé solo.<sup>13</sup>

También nos dijo que su madre y su padrastro lo hacían pelear con su hermano, apostaban al ganador y los separaban antes de que se lastimaran demasiado.<sup>14</sup> Junto a este hermano, partió por primera vez a la calle:

Y por allá me voy con Emilio la primer noche a la calle y duré hasta como las 3 de la mañana más o menos calculale, y tenía miedo yo, tenía miedo de quedarme en la calle y ahí mi hermano no, llevátele de vuelta pa casa. Y allá bueno, nos volvimos para mi casa y fue raro ese día, porque nos habíamos escapado y mi vieja no nos pegó, fue impresionante, llegamos a mi casa y no nos pegó. Agarró y le dijo a mi hermano el Juanca que nos haga una leche, nos dio un par de pan, que comamos y nos acostemos a dormir. Nosotros pensamos que nos iba a re cagar a palos.<sup>15</sup>

Unas semanas después, su madre lo volvió a golpear. Entonces se “animó” a marcharse por varios días:

...después me animé más adelante, ya como mi vieja me empezó a pegar como a las 2 semanas más, por bardero, allá yo le dije a mi hermano “bueno, vamos a escaparnos, no me importa nada”, y ahí pasamos las primera noches en la calle.<sup>16</sup>

Beto tenía 18 años cuando los conocí. Solía hacerle gracia llamar “mi familia” al grupo de niños y a los operadores de El Programa. Él también experimentó la violencia en su casa, entre sus padres y con sus hermanos. Una mañana, nos dijo recordando con angustia “*sabés lo que es levantarte a las 3 de la mañana con los gritos y ver a tu viejo cagándola a palos a tu vieja, es muy feo...*”<sup>17</sup>, tras lo cual, cambió tajantemente de tema. Otra vez nos contó que no estaba en su casa porque tenía problemas con su vecino y con su hermano. Según nos dijo, un día consumió pastillas, peleó con este último y lo apuñaló.<sup>18</sup>



Adrián, de 13 años, vio a su abuelo caer muerto por una bala de la policía en la puerta de su casa.<sup>19</sup> En otra circunstancia, al regresar a su hogar tras pasar varios días en la calle, escuchó un griterío: su madre intentaba echar a su padrastro, según nos comentó, porque se encontraba drogado. Como se resistía, él tomó una cuchilla y lo amenazó de muerte: “te vas o te mato”, le advirtió, obligándolo a marcharse.<sup>20</sup>

Las experiencias de abuso sexual, aunque no suelen ser explicitadas por los niños, también son un tema de relevancia. A través de los agentes y registros institucionales supe de abusos efectuados contra los niños y de casos en los que niños abusados replicaban el abuso sobre sus hermanos u otros niños en instituciones de albergue o en la calle.

La violencia es un motivo importante para comprender por qué un niño no quiere permanecer en su casa. Los niños así lo entienden. Cela una vez me dijo “Como yo les digo a todos: loco, no los obliguen a ir a la casa porque por algo será que no quieren volver. Algo les tienen que hacer para que no quieran volver a su casa que es su lugar”.<sup>21</sup> Sin embargo, no debemos comprender el sufrimiento que les genera el acto violento como una experiencia exclusivamente física, algo así como una mera reacción mecánica a un estímulo exterior. En toda emoción existe una significación cultural.

La emoción no tiene realidad en sí, no abreva en una fisiología indiferente a las circunstancias culturales o sociales, y lo que habla en ella no es la naturaleza del hombre, sino sus condiciones sociales de existencia. Las emociones (...) son emanaciones sociales asociadas a circunstancias morales y a la sensibilidad particular del individuo (Le Breton, 2009: 111).

Los niños sufren cuando los golpean, cuando pelean con sus hermanos, porque los daños probablemente excedan sus capacidades de resistencia física pero también, como mostraré a continuación, porque no logran aceptar ni comprender por qué reciben violencia de quienes esperan protección, consideración, afecto. Atendiendo a sus relatos, noté que una dimensión central para comprender su sufrimiento y las respuestas que se traducen en sus partidas del hogar la constituye cierto sentimiento de rechazo, de indiferencia o desamor, dimensión, que, pese a su centralidad, suele permanecer ausente en los análisis sobre el tema.

### **2.3 El sentimiento de rechazo, indiferencia o desamor**

El sentido de la vida, de la propia existencia y su valor, no se realiza en soledad sino en vinculación con los otros, especialmente con aquellos que constituyen las referencias más cercanas y significativas. En este sentido, el grupo familiar, el entorno de la socialización primaria, constituye el espacio de relaciones sociales más importantes en la vida de una persona porque, como nos han enseñado Mead (1973) o Berger y Luckman (2006), es allí donde se sientan las bases para

la formación de la identidad personal. La familia constituye el ámbito primario en el que se modela la subjetividad. Las relaciones que los niños establecen con sus padres y sus hermanos contienen una gran carga emocional y conforman un primer espejo donde reflejarse a sí mismos. Su existencia (sus pensamientos, sus acciones, sus sentimientos) adquiere progresivamente sentido en ese juego de proyecciones con sus seres más significativos en el plano de lo afectivo. El sostén y el reconocimiento que reciben de ellos resultan recursos centrales para hallar sentido y seguridad en el valor de su propia vida, pero si la imagen que les devuelven se distancia, poco a poco, de sus propias expectativas se produce un desajuste que experimentan con agudo malestar. En el seno de una cultura que asigna al espacio familiar, y muy especialmente a la función materna, los valores de la pureza y la incondicionalidad en el afecto y el cuidado, los niños que conocí experimentan fuertes discrepancias y conflictos entre las expectativas que elaboran y sus percepciones acerca del apoyo y la aceptación que reciben en sus hogares. Estas incongruencias amenazan la coherencia de sí mismos y los impulsan a tomar medidas al respecto. La partida a la calle es una de ellas. Los niños la experimentan como una suerte de evaluación y demanda de presencias afectivas, de límites, cuyos resultados, si no les satisfacen, los retienen en la calle y los conducen a inscribirse en nuevos círculos de pertenencia y reconocimiento que les permitan, de este modo, afirmar algún sentido de sí y de su propio valor acorde a sus expectativas culturales y a su sensibilidad individual.

Un fragmento de mis notas de campo servirá para sostener lo que afirmamos:

Vísperas navideñas. Los chicos, sentados en círculo, empezaron a picar una piedra de marihuana. Armaron un porro y se pusieron a fumar. Fede me dijo si podía hacerme algunas preguntas. “Con todo gusto”, le respondí. Me preguntó desde que edad yo tenía recuerdos. Le dije que tenía algunos recuerdos a partir de los 3 o 4 años. Me preguntó por mi niñez y mi familia. Le respondí que fue feliz, que tengo 4 hermanos, que teníamos una familia buena en la que nos queríamos y estábamos bien. Sin mediar pregunta, él se lanzó a contar de sus 12 hermanos y los conflictos de su niñez. Contó con cierto resentimiento y padecer que su madre los golpeaba mucho. “Nos pegaba con un cinto”, “remojaba un palo en un balde de 20 litros y nos daba con eso”. Dijo que su madre los mandaba a la escuela pero que a veces, como tenían marcas o moretones, preferían no ir para que no la denunciaran a la policía. Cela reflexionó en tono moralizante: “no se le puede pegar así a un hijo”, “no sé para qué tienen hijos, por tenerlos nomás.” Fede agregó “los tienen porque les gusta cojer”. Y así siguieron quejándose y reaccionando contra el maltrato que los padres daban a sus hijos. Fede dijo que su hermano una vez denunció a su mamá. Pedrito contó que su mamá también los cagaba a palos y su hermano también la denunció. Cela arremetió entonces contra su madre. Dijo que ella se preocupó solo por su hermano mayor con problema de adicciones y a ellos nos les brindó suficiente atención, que ahora él está bien y ellos mal. Dijo que este último año estuvo bardeando para que su madre la viera, para que viera lo que es estar en la calle, estar mal, y sin embargo no pudo llamar su atención ni obtener su cuidado. “Todos los días pasaba mi vieja por La Cañada, todos los días y nunca hizo nada”. “Cuando tuve bronquitis, nada, me traía ella los remedios, me veía ahí y no hacía nada”. Fede contribuyó contando la falta de atención y presencia de su madre. “Mi vieja no me llamaba nunca ni me venía a ver al instituto [de menores], un año y medio estuve yo y no se ocupó nada de mí. Yo la tenía que llamar para escucharle la voz.” Contó que cuando era más chico y salía a robar, su madre se hacía la desentendida, no reaccionaba, no le decía nada. Se miró el brazo, sus cicatrices, y dijo “yo me cortó desde que soy re chiquito y recién a los 15 años, a los 15 años, mi mamá me preguntó qué eran esas marcas”. Leandro se

sumó a la reflexión: “es que a veces no se quieren dar cuenta, lo saben pero no lo quieren ver. Yo tengo mi casa ¿no? pero también la pasé, salir a robar, todo...” Cela dijo que a los 12 años ella fue a robar un coche con unos amigos más grandes y le pidió perdón al dueño del auto: “discúlpame, si algún día pudiera te lo devolvería pero lo tengo que hacer”. Le dieron un cachetazo: “dale, cállate, venimos a robar”. A todo esto Pedrito permaneció sentado al lado mío tomándose la cabeza con las manos y mirando el suelo. En un momento le palmeé la espalda como brindándole contención. Luego, Fede y Cela se quejaron de la responsabilidad que sus madres cargaban sobre sus amigos. “Las juntas, las malas juntas, te dicen... ¡¿qué malas juntas?!” plantearon indignados y devolviendo la responsabilidad sobre sus padres. Entonces resaltaron el valor de su grupo de amigos: “Las malas juntas, sí la junta capaz que te arruina, es cierto, que te dan un porro, una bolsita, pero ¿quién no hace eso? Ahora, ¿cuando yo me corté, cuando Paola se fue, cuando estuve mal, quién estaba? Las juntas estaban. Mis amigos estaban.”<sup>22</sup>

Una vez que los niños han iniciado el proceso de alternancia entre sus casas y la calle, conformado otros núcleos de pertenencia y se han ido reafirmando desde otros espacios relacionales, no es extraño que sus vínculos familiares vayan progresivamente deteriorándose. En ello inciden no sólo la aceptación creciente de los niños y sus familias de la situación, sino también el desencadenamiento de recriminaciones recíprocas que producen nuevos y sucesivos roces y tensiones entre ellos. Los niños, conforme van desarrollando su vida en la calle, suelen involucrarse en un conjunto de problemáticas que suelen impactar sobre sus familias. El ser demorados por la policía, el vincularse con programas sociales, el ser “encarcelados” o el sufrir diversos accidentes suele obligar a sus padres a responder por ellos y asumir responsabilidades ante la situación que, en circunstancias, genera malestar entre sus familiares. A su vez, la distancia que mantienen con sus hogares, la falta de contribución con las necesidades de la reproducción familiar, el malestar que generan con su ausencia, pueden ser motivos de enconos. Es normal que al principio del proceso de alternancias, sus padres y hermanos se preocupen por ellos, los busquen para que regresen a sus casas e intenten evitar que reiteren sus partidas o que ante experiencias de encierros en institutos los visiten y se encarguen de resolver los trámites correspondientes pero que con el paso del tiempo y la repetición de estas situaciones, su voluntad se desgaste y vayan implicándose cada vez menos. Según Mariana, la primera vez que “cayó presa” su padre la visitaba, pero la segunda dejó de hacerlo. Ella opinaba que era mejor así porque, de lo contrario, “le sacaba todo en cara” y ella también le reprochaba ser “un borrachín perdido”.<sup>23</sup> Otros niños expresaron situaciones y palabras similares : “volvés y te tratan re mal”, “te sacan todo en cara”, “para sacarles en cara a ellos yo tengo una lista que llega de La Cañada a Merlo y todavía más”, nos dijo Fede.<sup>24</sup> Coco, un adolescente de 18 años que pasó más de una década viviendo en La Cañada, me contó que al pasar las fiestas con su familia se dio cuenta que lo tenían “muy olvidado”. “Corte que no brindaban conmigo, mis hermanos brindaron todos con ellos, menos yo (...) me echaron aparte pero les dejé las cosas que yo traje para compartir, las sidras, los vinos, todo.”<sup>25</sup>

En esta experiencia de diálogo permanente con sus familias, de oscilación entre sus casas y la calle, la relación con la madre constituye uno de los vínculos más fundamentales. Aún cuando les confieren responsabilidades por la situación que

atraviesan o les reclaman su falta de reconocimiento y atención, casi todos mantienen con ellas un vínculo afectivo muy intenso.

Coco, que pasó la mayor parte de su vida en la calle y a distancia de su madre, al enterarse que ella había enfermado me aseguró: “si me falta mi vieja yo me muero”.<sup>26</sup> Cela, que expresaba tener infinidad de problemas con su madre, se mostró muy consternada cuando la internaron por una enfermedad. Entonces me dijo que temía por su vida, que se dispondría a juntar dinero y procuraría mantenerse su lado para ayudarla.<sup>27</sup>

Fede, se encontraba siempre tensionado entre el amor y el resentimiento que sentía hacia su mamá. Cuando supo que ella debía someterse a una intervención quirúrgica estaba muy orgulloso de haberla llamado por teléfono y ser el primero, entre todos sus hermanos, que obtuvo esta información.<sup>28</sup> Evidentemente, en ocasiones como estas, para muchos de ellos es importante poder dar cuenta de su intención de estar presentes y brindar su apoyo. Fede un día antes de la operación de su madre, se tatuó su nombre en uno de sus brazos.<sup>29</sup> Algunos meses después, me pidió si podía enviarle unos mensajes desde mi celular. Yo escribí lo que él me dictaba. Guardo registro de aquel diálogo que me ayudó a comprender un poco más de su relación con ella:

- Qué te paya ma? Estas nerviosa?
- Quién sos?
- Kirchner. Te acordas de mí? Gran cuñado. Estas nerviosa?
- Si no decís quien sos no contesto más
- Fede. Mañana voy a casa.
- Ese celu de quien es?
- De un amigo
- Gato pasame una tarjeta xq tengo 3 \$ solo dale copate
- A la tarde te mando una. Ahora no tengo.
- Bueno dale. [Fin de la conversación]<sup>30</sup>

Como lo advirtió Lucchini (1999), los niños le otorgan sentidos ambiguos y contradictorios a la relación con sus madres, pese a lo cual intentan resguardar su imagen. Si, por un lado, la relación deficitaria que mantienen con ellas, les permite explicar las razones por las que no se encuentran en sus casas, por otro lado anhelan conservar su afecto y procuran preservar una imagen de ellas que se encuentre en consonancia con las normas y valores socialmente dominantes y que les sirva como referencia -si es necesario aún auto-culpabilizándose- para conformar su propia identidad y aumentar el valor de sí.

Por otra parte, las tensiones que mantienen con sus madres, también suelen ponerse en juego y activarse en los problemas que sostienen con sus padrastros y sus hermanos. Los niños me informaron sobre la incomodidad que experimentan cuando sus madres no interceden entre ellos y sus padrastros en situaciones de conflicto. La impresión de que sus padrastros se interponen entre su relación con ellas, a su vez, les permite explicar la dificultad de consolidar un vínculo satisfactorio. Por su parte, la sensación que sus madres tratan diferencialmente a

ellos y a sus hermanos, o les expresan menos cariño, los angustia y los conduce a situaciones de conflicto que no logran tolerar y los impulsan a dejar el hogar.

Me volví a mi casa, lo que pasa es que mi casa era un re quilombo ¿viste? Mi vieja, con mi hermano. Mi hermano fue el punto final que dije acá exploté y me voy loco, y no quiero volver más. Porque no lo aguantaba ya ¿entendés? porque siempre era problema y era mi hermano, problema y era mi hermano, problema, mi hermano. Y llega un momento en que vos decís loco, ya me cansé de los problemas y por la culpa de este yo también la pago: no, ¿por qué? Y yo me fui. Y yo me iba siempre de mi casa.<sup>31</sup>

Con sus padres y sus hermanos tienen relaciones diversas. En muchos de los casos observé una presencia paterna débil: padres ausentes o padrastros que no desempeñan una función afectiva ni de autoridad de relevancia. Entre hermanos suelen tener relaciones más estrechas. Sin embargo no es extraño que mantengan antiguos rencores o conflictos entre ellos o que marcan sus rasgos distintivos por diferencia de ellos. Fede siempre me hablaba de la relación con sus hermanos como una suerte de vinculación trascendente y duradera pero también solía introducir su distinción con ellos: “yo soy el triple de peor que ellos”, “ellos salieron derechos”, etc.

Vale agregar que los niños que han tenido relaciones adversas con sus familias y un buen día se lanzaron a las calles, no son niños fáciles de contener. A menudo, sus madres y sus familiares sostienen que son rebeldes, caprichosos, inflexibles y se sienten incapaces de contenerlos, darles lo que necesitan e inhibir su decisión de reincidir en sus partidas. El padre y la abuela de Alfredo y Nacho, dos hermanos que tenían 14 y 11 años, solían ir a buscarlos a la calle y los llevaban de regreso a sus hogares pero no lograban retenerlos. En la casa de Martín, un niño de 11 años, por las noches escondían las llaves o su hermana dormía abrazada a él para que no se fuera.

Pues bien, lo dicho hasta aquí nos permite asociar la partida de los niños con la percepción que tienen sobre sus vínculos familiares y con lo que hemos llamado un sentimiento de rechazo, indiferencia o desamor. También nos sugiere que elementos más personales, como la posición distintiva de un niño en su entorno familiar, su personalidad, su carácter tienen incidencia en el proceso y sirven para entender por qué sólo algunos niños, entre un grupo de hermanos, optan por esta salida. En este marco, tal vez sea posible comprender otros elementos subjetivos que motivan la partida y los niños suelen expresar en términos del “aburrimiento” que sienten en sus casas o el “gusto” que sienten por la calle.

#### **2.4 El “aburrimiento” y el “gusto” por la calle**

Algunos niños muestran una disconformidad con la vida que llevan en sus hogares que suelen expresar como aburrimiento. Por lo general, quienes así la describen suelen vivir en barrios alejados de las zonas céntricas, los centros comerciales y de circulación, con una deficitaria oferta institucional y recreativa en los que no encuentran actividades vinculantes y en hogares en los que, por alguna razón, no

logran sentirse a gusto. Muchas veces, en estos casos, aparece en vinculación con ello la calle como un espacio de integración en el que pueden pasarla bien, emprender nuevas experiencias y divertirse. Por ejemplo, Hernán, un niño de 13 años, me explicó que se iba de su casa porque se aburría, no tenía nada para hacer ni con quien jugar. Sus padres trabajaban durante el día, sus hermanos mayores se habían ido al Chaco y el único que permanecía en su casa también salía a trabajar. Él por ese entonces, no estaba yendo a la escuela ni realizaba otras actividades. Su madre intentaba llevarlo con ella a comprar verdura al mercado central pero él se resistía a levantarse tan temprano como ello le requería. Estando en su barrio su único interés era ir a jugar a los videos. En contraste, me comentó que le gustaba viajar, irse caminando solo y tranquilo y que anduvo por toda la provincia. Le pregunté cómo hizo para ir a tantos lugares. Tomando trenes y colectivos, me respondió. Dijo entonces que le gustaría irse lejos, “para arriba”, “salir del mapa”. Fantaseó con viajar en un tren de carga para conocer nuevos lugares. Alguien le sugirió la idea de seguir las referencias de un mapa pero él la rechazó, dijo que así no se aprendería los caminos.<sup>32</sup>

Con Cela había desarrollado una gran confianza. Su lucidez y la particular sensibilidad con la que me explicaba, para que yo entendiera, algunos de los sentidos que guiaban sus acciones y las de los niños nunca dejaban de sorprenderme. En una entrevista decidí que podía ser directo con ella para preguntarle

-¿Y vos por qué te fuiste? ¿Por qué empezaste a agarrar la calle? Porque me decías que al principio eras re tranquila, re inocente, del colegio a la casa...

- Y porque me llamaba la atención... Cuando vos estás en tu casa y salís afuera y tu mamá te dice andá adentro, te querés quedar cinco minutos más jugando a la escondida afuera ¿o no? Y bueno, pasa lo mismo. Te querés quedar cinco minutos más y esos cinco minutos se te hizo un día, se te hizo dos, se te hizo tres, se te hizo cuatro, se te hizo cinco. Te das cuenta y pasaron dos meses. Y llega un momento que decís bueno, vuelvo a mi casa. Y es como pasa en todos lados. Lo probás, te gustó, querés volver. Y siempre vas a volver, y siempre vas a volver, y siempre vas a volver. Hasta que te rescatés de enserio y digas bueno basta, ya fue. Pero como le digo a todos: sí, yo me voy ahora a mi casa pero yo sé que voy a querer volver a La Cañada, es lo mismo. Y voy a querer volver, y voy a querer volver, como me pasa siempre. Porque yo hubo una época que estuve como dos años sin venir a La Cañada. Pasaba nada más por la plaza y me iba directo a mi casa. Así, pasaba nada más. Porque estaba trabajando, iba al colegio. Y después otra vez, cuando venís un día decís bueno, y bueno, y bueno, y otra vez, y otra vez... Y ahí te descarrilás, te bardeás, bardeás mal...

-Y entras de vuelta...

-Sí... Acá todo el mundo dice que La Cañada es la perdición de todo. Vos estás tranquilo, venís a La Cañada y bardeas, a todos les pasa, no sé por qué.<sup>33</sup>

En el mismo sentido Fede me contó que él una vez que se integró a la calle, encontró en ella una especie de placer:

Ya ponele que mi familia que no me encuentre ya no me importaba, eso era lo que más quería que no me encuentren. Si me encontraban me iba a querer matar. Porque me

encontraban me llevaban a mi casa y me cagaban a palos y yo me volvía a escapar, era masoca, me iba porque me encantaba la calle.<sup>34</sup>

Es cierto que en la calle los niños no encuentran solo malestar sino un conjunto de experiencias vitales que, más o menos inconscientemente, les atraen y a la cuáles les confieren sentidos positivos. Como decía un operador

Porque si nosotros pensamos que la calle solamente brinda carencias sobre el pibe o solamente la calle es igual a maltrato sobre el pibe estamos totalmente errados. Porque yo no creo que los pibes en su pensamiento, en su imaginario, salgan de una situación para buscar en otra totalmente peor.<sup>35</sup>

### **3. La salida a la calle como necesidad y búsqueda de sentido**

Tras este recorrido podemos regresar a la pregunta inicial: ¿por qué los niños se distancian de sus hogares y permanecen en las calles? Intentamos dar cuenta de diversas explicaciones posibles, de las condiciones de sus lugares de origen y de un conjunto de circunstancias, razones y motivos a partir de los cuáles los niños comprenden y emprenden esta experiencia tan particular. No por casualidad, falta de atención o de otros de ejemplos, aludimos al caso de Fedé para ilustrar cada una de las dimensiones en las que reparamos (la necesidad económica, la violencia, el sentimiento de rechazo, de aburrimiento o el gusto por la calle) al analizar las experiencias personales del tránsito a la calle. Lo hicimos para mostrar que no estamos ante dimensiones excluyentes. No es sencillo saber si alguna de ellas es la dominante o sostener que alguna funciona como detonante de la salida. Es muy probable que los niños, en sus relatos, aludan a unas o a otras según el contexto, el interlocutor, el momento vital en que se encuentran o el estado de la narración que van construyendo sobre sí mismos.

Si queremos encontrar una explicación para el problema, ésta deberá reunir o contener el conjunto de circunstancias que definen el distanciamiento de los niños de sus hogares y su permanencia en las calles, sin negar con ello la incidencia de factores estructurales, la presencia de configuraciones relacionales y afectivas específicas ni la existencia de expectativas y propósitos individuales. Sin pretensiones de resolver el problema de manera definitiva queremos sugerir que la antropología cultural de Clifford Geertz y la sociología constructivista de Berger y Luckman, nos ofrecen algunas pistas que pueden conducirnos en esa dirección.

Uno y otros se remontan a la tradición teórica weberiana cuando sostienen que el sentido de la acción y de la vida es un elemento constitutivo de la especie humana (Geertz, 2005: 20 Berger y Luckmann, 1997: 108). El hombre es una criatura de sentido, y ello significa no sólo que asigna sentido a su existencia, sino que no puede dejar de hacerlo. La significación de la experiencia es su condición natural pero también un requerimiento subjetivo insoslayable. Geertz, en su texto “La religión como sistema cultural”, nos dice que el hombre

...depende de símbolos y de sistemas de símbolos, y esa dependencia es tan grande que resulta decisiva para que el hombre sea una criatura viable, de manera que la más remota indicación de que no puede habérselas con uno u otro aspecto de la experiencia le causa la más viva ansiedad. (2005: 96).

Introduce su argumento citando extensamente a Langer, y valdrá la pena que también lo hagamos:

(El hombre) puede adaptarse a cualquier cosa que su imaginación sea capaz de afrontar; pero no puede hacer frente al caos. Como la función característica del hombre y su supremo bien es la concepción y comprensión, su mayor espanto es el de enfrentarse con lo que no puede explicarse, con el "misterio"<sup>36</sup>, como se lo llama popularmente [...] Por eso, nuestro bien más importante son siempre los símbolos de nuestra orientación general en la naturaleza, en la sociedad y en todo cuanto hacemos [...] Por consiguiente, en una sociedad primitiva se incorpora un rito diario en las actividades comunes, como el comer, el lavarse, el encender fuego, etc. así como en el ceremonial estricto, porque constantemente se siente la necesidad de reafirmar la moral tribal y reconocer sus condiciones cósmicas. (Langer, citado por Geertz, 2005: 96)

Luego, prosigue:

Hay por lo menos tres puntos en los que el caos –un tumulto de hechos a los que les falta no sólo interpretación sino también la posibilidad de interpretación- amenaza irrumpir en el hombre: en los límites de su capacidad analítica, en los límites de su fuerza de resistencia y en los límites de su visión moral. El desconcierto, el sufrimiento y la sensación de una paradoja ética insoluble constituyen, si son bastante intensos y duran lo suficiente, radicales desafíos a la proposición de que la vida es comprensible y de que podemos orientarnos efectivamente en ella (Geertz, 2005: 97).

Geertz sostiene que a dichos desafíos debe tratar de afrontar toda religión por primitiva que sea y que aspire a persistir. Nosotros agregamos que los mismos desafíos son extensibles a otras instituciones sociales que se articulan en la configuración de un sistema cultural (el estado, la familia, la escuela, el trabajo). Como señalan Berger y Luckman, las instituciones funcionan como reservas de sentido puestas a disposición de los seres humanos tanto para la orientación de sus acciones en situaciones particulares como para toda su conducta de vida.

Las reservas de sentido socialmente objetivado y procesado son 'mantenidas' en depósitos históricos de sentido y 'administradas' por instituciones. La acción del individuo está moldeada por el sentido objetivo proveniente de los acervos sociales de conocimiento y transmitido por las instituciones a través de las presiones que ellas ejercen para su acatamiento. En este proceso, el sentido objetivado mantiene una constante interacción con el sentido construido subjetivamente y con proyectos individuales de acción. No obstante, el sentido también puede ser adscrito –incluso, podríamos decir, sobre todo- a la estructura intersubjetiva de relaciones sociales dentro de la cual el individuo actúa y vive. (Berger y Luckmann, 1997: 43)

Pues bien, ciertas condiciones de integración y estabilidad son necesarias para garantizar la institucionalización y la consistencia del universo simbólico de los hombres. Como hemos visto, estas condiciones no son con las que nos encontramos en las experiencias de vida de los niños en situación de calle. Éstos se encuentran inmersos en procesos de desintegración e inestabilidad social y las



instituciones -particularmente la familia, en nuestro sistema cultural la más significativa “comunidad de vida”- fallan en su tarea de proveerles un marco de sentido estable, capaz de orientar sus conductas, sus expectativas y su identidad con algún grado de confianza; a tal punto, que se ven confrontados a los *límites de su capacidad de comprensión* (y por ende al *desconcierto*), a los *límites de su fuerza de resistencia* (y por ende al *sufrimiento*) y a los *límites de su visión moral* (y por ende frente a *paradojas éticas insolubles*), lo que en términos de Berger y Luckman, podría concebirse como una fuerte *crisis de sentido*.<sup>37</sup>

Las condiciones socioeconómicas adversas, la falta de recursos económicos y sociales, la ausencia de protecciones institucionales, obstruyen los canales de integración social de sus familias, confrontándolas a fuertes restricciones y exigencias a la vez que les impide la estabilización de sus experiencias. La violencia familiar los expone a circunstancias que no consiguen soportar, comprender ni otorgar sentido. La sensación del rechazo, la indiferencia o el desamor, pone en riesgo la confianza en sí mismos, su propio valor, su consistencia subjetiva. Los sentimientos de aburrimiento en sus hogares son expresión de la desazón, la angustia, la insignificancia que los impulsa de salir en búsqueda de nuevas experiencias que le impriman un carácter renovado a sus existencias y que suelen expresar como el “gusto” que sienten por la calle. El aburrimiento o el sentimiento de rechazo, son formas de su *desconcierto*; la violencia, el maltrato, el abuso son formas de su *sufrimiento*. En estas condiciones vivenciales, el deseo irrealizable, las expectativas insatisfechas, que se traducen en la decisión de quedarse o irse, de regresar o no, de ser un niño como los otros o un chico de la calle, constituyen al fin, de manera más o menos reflexiva, *paradojas éticas insolubles* que acompañan a los niños permanentemente durante los extensos procesos de alternancias entre sus casas y la calle.

Si un número cada vez mayor de niños se encuentran en las calle es porque se han reducido los canales de la integración social y con ello las vías legítimas para reafirmar una existencia significativa o digna, una forma de la existencia a la que no es posible renunciar. A no ser que acontezca un radical derrumbamiento personal, la necesidad de sentido, a lo que podemos añadir la de dignidad personal, moviliza a los hombres y debe ser satisfecha. Si esta satisfacción no encuentra cauce en las vías tradicionales, procurará abrirse nuevos caminos. Se trate de una respuesta a la pobreza, a situaciones de violencia, al aburrimiento, en todos estos casos hay una necesidad y búsqueda de sentido. Se trata, como advirtieron oportunamente Dutschavsky y Corea, de “la búsqueda de un ‘poder ser’ en el borde de un ‘no poder’” (2002: 79).<sup>38</sup> Esa partida a la calle se inicia como una búsqueda de sentido. Luego esa búsqueda se les impone con la fuerza de una necesidad impostergable. Como dice Shaw (2002) sobrevivir en las calles no es nada sencillo y ningún niño podría hacerlo si tan sólo se percibiera como una víctima. A ello agregaremos que a ninguno le sería posible si no diera algún tipo de organización y significado a su experiencia. No podemos extendernos aquí sobre esta cuestión que abordamos en otro trabajo (García Silva, en prensa), pero de eso se trata la integración a un grupo de pares a través de un conjunto de

prácticas sociales que les permiten afirmar, desde la calle, un sentido de pertenencia y de dignidad personal.

---

<sup>1</sup> Por el mismo motivo, los nombres de los protagonistas de esta investigación y de los lugares por los que transitan serán sustituidos por otros.

<sup>2</sup> A ellos, y a los chicos de la Cañada, nuestro agradecimiento, porque sin su colaboración activa y generosa hubiese sido imposible realizar este trabajo.

<sup>3</sup> Las diferencias entre estos enfoques dependen de posiciones teórico-metodológicas pero probablemente también de las condiciones históricas en las que se inscriben. Las primeras, tienden a coincidir con la dramática expansión del fenómeno de los niños en la calle que se produjo en paralelo a la grave declinación socio-económica que se inicia, en nuestro país, en el último cuarto del siglo pasado; y las segundas con la experiencia de un fenómeno ya consolidado, con lógicas y características propias, y con el auge de un nuevo paradigma de derechos centrado en la necesidad de oír la palabra de los niños.

<sup>4</sup> En el Censo dirigido por Lezcano (2002) se sostiene que las “probables causas que motivan a los niños a circular por las calles” son en un 36.8 (%) para ayudar a la familia, en un 16.8% porque un miembro adulto de su familia está desocupado, en 12.9 % para comprar comida y en un 6.4% para acompañar al grupo familiar. En el censo realizado por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (2008) se indica que los motivos principales que los niños aducen para irse de sus casas se distribuyen del siguiente modo: conflictos familiares (32.8%), maltrato infantil (18.9%), situación económica (18,0%), abuso sexual (8,2%), ausencia repentina de madre y/o padre (7,4%). El estudio de Pojomovsky (2008), en algunos sentidos, representa una excepción: su toma de registro no tiene el carácter intrusivo de las técnicas censales y permite reconocer, además de los motivos económicos y los conflictos familiares que impulsan a los niños a dejar sus hogares y permanecer en las calles, algunos sentimientos, deseos y expectativas que motivan esas decisiones.

<sup>5</sup> En una anterior ponencia (García Silva, 2009) abordamos los problemas metodológicos que implica entrevistar a niños en situación de calle.

<sup>6</sup> Datos sobre la situación laboral de los padres de los niños en situación de calle pueden hallarse en Pojomovsky (2008); Lezcano (2002) y el censo realizado por el gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en enero de 2008.

<sup>7</sup> En este sentido, no es sorprendente que algunos niños, aún cuando pasen largas temporadas sin regresar a sus casas, al referir a sus familias lo hagan en tiempo presente y en primera persona del plural: “nosotros somos...”, “nosotros hacemos...”, etc

<sup>8</sup> Observación realizada el jueves 29-01-2009 en la oficina de El Programa.

<sup>9</sup> Una operadora social me sugería que la decisión de muchos niños no pasa por irse de sus casas sino más bien por no regresar a ellas.

<sup>10</sup> Entrevista en profundidad con *Fede* realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>11</sup> Estas circunstancias tienen impactos diferenciales según los géneros. Como ha sido demostrado en varias investigaciones (Ver Gentile, 2008), es mayor la presencia de varones que de mujeres en las calles y ello se vincula con ciertas formas de socialización diferencial. Ellas suelen dedicarse más que los varones a las actividades domésticas y al cuidado de los hermanos, lo que las retiene en los límites del hogar, a la vez que cargan con exigencias morales que, por razones de reputación y de cuidado, restringen su salida a la calle (deben ser “chicas de su casa”); obligaciones que no tienen la misma presencia entre los varones, quienes suelen salir a la calle en mayor medida, ya sea por motivos de supervivencia o diversión.

<sup>12</sup> Una investigación reciente sobre la situación de la infancia y la adolescencia realizada por el Observatorio de la Deuda Social Argentina de la UCA (2010), aporta evidencias sobre el hecho de que los niños de los estratos socioeconómicos más bajos pasan más tiempo en la calle que los de los estratos socioeconómicos

---

más altos y, a diferencia de estos, establecen relaciones de sociabilidad más fuertes con los niños del barrio que con los de la escuela. Según el estudio, el 18,5% de los niños entre 5 y 12 años del decil socioeconómico más desfavorecido juega “fuera de la casa (vereda, baldío)” contra el 6,3% del decil más favorecido. El 61% de ellos juega con amigos del barrio y el 17% con amigos de la escuela, mientras que en el decil más alto, la relación se invierte: el 22,5% juega con amigos del barrio y el 64,4% con amigos de la escuela. En los adolescentes de 13 a 17 estas diferencias son todavía más marcadas. El 40,4% del decil más bajo pasa su tiempo de ocio “fuera de la casa (vereda, baldío)” contra apenas el 4,7% del decil más alto. El 75.1% establece relaciones con amigos del barrio y el 13.1% con amigos de la escuela, mientras que en el decil más alto el 20,9% con amigos del barrio y el 62,3% con amigos de la escuela.

<sup>13</sup> Entrevista en profundidad con *Fede* realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>14</sup> Observación realizada el jueves 11-12-2008 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>15</sup> Entrevista en profundidad con *Fede* realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>16</sup> Entrevista en profundidad con *Fede* realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada

<sup>17</sup> Observación realizada el martes 31-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>18</sup> Observación realizada el jueves 11-12-2008 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada

<sup>19</sup> Observación realizada el martes 04-11-2008 en el polideportivo de La Cañada.

<sup>20</sup> Registrado el día 10-11-08 en el legajo del niño.

<sup>21</sup> Entrevista en profundidad con *Cela* realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

<sup>22</sup> Observación realizada el martes 23-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>23</sup> Observación realizada el jueves 08-01-2009 en la oficina de El Programa.

<sup>24</sup> Observación realizada el martes 31-12-2008 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>25</sup> Entrevista en profundidad con *Coco* realizada el jueves 25-09-2008 en un bar de La Cañada.

<sup>26</sup> Observación realizada el lunes 26-01-2009 en la en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>27</sup> Observación realizada el jueves 02-10-2008 en la oficina de El Programa.

<sup>28</sup> Observación realizada el jueves 05-02-2009 en la oficina de El Programa y la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>29</sup> Muchos de los niños realizan en sus cuerpos tatuajes con los nombres de sus madres o simplemente con la palabra “madre”, siendo esto un buen indicador de la centralidad de esta figura en sus vidas.

<sup>30</sup> Transcripción de conversación por mensajes de texto de *Fede* a su mamá realizada desde mi celular el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

<sup>31</sup> Entrevista en profundidad con *Cela* realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

<sup>32</sup> Observación realizada el martes 12-08-2008 en la oficina de El Programa.

<sup>33</sup> Entrevista en profundidad con *Cela* realizada el viernes 13-03-2009 en la Plaza del Museo de La Cañada.

<sup>34</sup> Entrevista en profundidad con *Fede* realizada el viernes 26-06-2009 en la Plaza Principal de La Cañada.

---

<sup>35</sup> Entrevista en profundidad con Germán, operador social del Programa, realizada el viernes 18-04-2008 en su casa, en la Ciudad de Buenos Aires.

<sup>36</sup> Lo que aquí se traduce como “el misterio”, es “the uncanny” en el idioma original mientras que en otras traducciones (Ortner; 2005: 37) aparece como “lo ominoso”.

<sup>37</sup> También podríamos remitirnos, en este sentido, a la teoría de la anomia en Durkheim y a su desarrollo sobre las necesidades elementales del hombre que encontramos en su clásica investigación sobre el suicidio (Durkheim, 1998: 262).

<sup>38</sup> No hemos reparado en aquellos casos, en que los niños acaban en la calle por la ausencia repentina de sus padres (ya sea que nos encontremos ante una muerte accidental o un abandono). Estos casos, son los más extraordinarios. Pero aún allí, es posible reconocer la necesidad de hallar un nuevo sentido ante la experiencia de disolución del mundo conocido.

## **Bibliografía:**

- Berger P. L. Y Luckmann, T. (1997). *Modernidad, pluralidad y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Paidós, Barcelona.
- Berger P. L. Y Luckmann, T. (2006). *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Durkheim, E. (1998). *El suicidio*. Akal Universitaria. Madrid.
- Duschatsky, S. y Corea, C (2004). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Paidós, Buenos Aires.
- García Silva, R (2009). “Naturaleza de la entrevista y problemas de su uso en investigaciones sobre ‘chicos de la calle’”. Ponencia presentada en el XVII Congreso ALAS. Buenos Aires. 31 de agosto al 4 de septiembre.
- García Silva, R. (En prensa). “Cuerpo y riesgo en los niños de la calle” en Panaia, M. (comp) *Cuerpo, trabajo y riesgo*. Miño y Dávila, Buenos Aires.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona.
- Gentile, F. (2008). “Ser niña o niño y estar en la calle: género y sociabilidad.” En Pojomovsky, J., *Cruzar la calle. Vínculos con las instituciones y relaciones de género entre niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. Tomo 2. Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Grima, J. M. y Le Fur, A. (1999). *¿Chicos de la calle o trabajo chico?* Lumen, Buenos Aires.
- Isla, A. (2007) (comp.). *Inseguridad y violencia en el cono sur*. Paidós, Buenos Aires.
- Le Breton, D. (2009). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Lezcano, A. (2002), *Condiciones de vida y laborales de los niños y niñas que transitan la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. CABA, Dirección General de Niñez y Familia, mayo.
- Lucchini, R. (1999) *Niño de la calle. Identidad, sociabilidad, droga*. Los libros de la Frontera. Barcelona.
- Mead, G. H. (1973). *Espíritu, persona y sociedad: desde el punto de vista del conductivismo social*. Paidós, Barcelona.

- 
- Ortner, S. B. (2005) "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna", en Revista Etnografías Contemporáneas, Año 1, abril, Universidad Nacional de San Martín.
- Pojomovsky, J. (2008). *Cruzar la calle. Niñez y adolescencia en las calles de la ciudad*. Tomo 1. Espacio Editoria, Buenos Aires.
- Pratessi, A. R. (1999). "Los chicos trabajando", en Rozé, J. P. (1999), Trabajo, moral y disciplina en los chicos de la calle, Espacio Editorial, Buenos Aires.
- Shaw, K. (2002). "Hacia una teoría general de la calle" [www.cit-dr.org/sal/library.html](http://www.cit-dr.org/sal/library.html). Shine a Light, la red internacional pro niños de la calle.
- UCA (2010). *Barómetro de la deuda social de la infancia*. Observatorio de la Deuda Social Argentina. Pontificia Universidad Católica Argentina.